

NOTAS Y COMUNICACIONES

LA INSERCIÓN LABORAL DE LOS JÓVENES RURALES EN AMÉRICA LATINA¹

Martine Dirven

Economista especializada en desarrollo rural.
Integrante desde 1988 y luego jefa de la Unidad de Desarrollo Agrícola de 2003 a 2009; Directora-a-Cargo de la División de Desarrollo Productivo y Empresarial entre 2007 y 2009, ambos de CEPAL, Santiago de Chile.
E-mail:mdirven@mi.cl

Resumen

Hoy en día un 50% de la población rural ocupada joven trabaja en una ocupación no agrícola, mientras un 20% de los jóvenes que trabajan en la agricultura son residentes urbanos. Paralelamente, hay una caída en el número absoluto de niños y jóvenes rurales en casi todos los países de la región, y un envejecimiento de los “Jefes de explotación” agrícola, con edades promedio que bordean los cincuenta años e incluso los 60 años en Chile. Independientemente de las diferencias entre países, las grandes tendencias parecen ir en la misma dirección.

Se crítica algunas nociones políticas y programas tal como son abordados actualmente. Entre otros: las políticas enfocadas hacia grupos minoritarios de jóvenes rurales; los grupos –importantes numéricamente– que no aparecen en

¹ Basado en Dirven (2016) y los resultados preliminares del proyecto en curso INDAP/FAO/RIMISP/Fundación Ford “Inserción laboral de los jóvenes rurales en Chile” coordinado por Sergio Faiguenbaum (FAO/RLC).

las políticas ni en las reivindicaciones sociales rurales; la falta de evaluación de impacto de los programas de transferencias condicionadas sobre los mercados locales de trabajo; el currículo para las escuelas rurales; la definición de los “Ni-Ni”; el combate al trabajo infantil; así como las relaciones intrafamiliares idealizadas.

El artículo se divide en cinco partes: las distintas definiciones de rural y la usada en el artículo; lo mismo sobre “juventud”; los órdenes de magnitud de la población rural joven y su inserción laboral; una mirada más en detalle sobre la inserción laboral; y algunas conclusiones y recomendaciones.

Summary

Today, some 50% of occupied rural youth works in the non-agricultural sector and some 20% of the young people who work in the agricultural sector are urban residents. At the same time, the absolute number of rural children and youth is falling in practically all countries of the region and the average age of farm holders is increasing, reaching 50 years, or even 60 years in Chile. Independently of the differences among countries, broad trends seem to go in the same direction.

Some notions, policies and programmes as currently adressed are criticized, among others: policies focalized toward minority groups within rural youth; important groups –numerically– which are not addressed by policies nor by rural social revindications; the lack of evaluations of the impact of conditional cash transfer programmes on the local labour market; rural school curriculae; the definition of NEET; elimination of child labour; and idealized family relations.

The article is divided into five parts: the different definitions of rural and the one used in the article; the same with respect to “youth”; the orders of magnitude of the young rural population and its labour insertion; a more detailed approach at labour insertion; and some conclusions and recommendations.

LAS DEFINICIONES DE “RURAL”

“Rural” puede ser definido desde distintos ángulos y los países de la región usan definiciones distintas, según el propósito. Como este artículo se basa por una parte importante en estadísticas y que para ellas los países suelen utilizar las definiciones censales de “urbano” y “rural”, se usará ésta definición para

cada país y se sumará la “población rural” así obtenida para llegar a órdenes de magnitud para América Latina.²

Como es bien sabido, la mayoría de las faenas agrícolas son cíclicas y, por lo tanto, las ocupaciones en ellas también lo son. Por ende, el subempleo y el empleo temporal de baja calidad son frecuentes. Además, el sector agrícola³ suele organizarse en manchas concéntricas con las actividades de mayor valor agregado e intensidad de explotación cerca de las ciudades. Ambos factores influyen a su vez fuertemente en todas las actividades no agrícolas directa o indirectamente vinculadas.

Más allá de las actividades primarias y de su primera transformación, las áreas rurales suelen proveer bienes y servicios “no transables” (iglesias, restaurantes y otros servicios turísticos, reparaciones menores, escuelas, puestos de salud) y actividades como construcción (habitacional y de infraestructura) y servicios personales y domésticos. Las áreas rurales se caracterizan por su baja densidad poblacional y las distancias de los poblados entre sí y con los mercados y ciudades. Esto conlleva dificultades específicas que se traducen en mayores costos de transporte y de transacción, menor acceso a infraestructura y servicios, y pocas posibilidades de especialización, de economías de escala y de aglomeración. Todos estos elementos en conjunto suelen confluír en menores niveles de productividad laboral y una alta proporción de micro o pequeñas empresas. Por ende, la alta incidencia de pobreza en las zonas rurales –medida por los ingresos o por necesidades básicas insatisfechas– es a la vez una consecuencia de lo anterior y una característica (Wiggins y Proctor, 2001).

² En un sentido estricto se están sumando “peras” con “manzanas”, ya que los países usan definiciones que difieren entre sí y que se basan en: definiciones estrictamente administrativas; en la falta de algunas amenidades y servicios; en un número máximo de personas por localidad; o en una mezcla de criterios. La mayoría de los datos provienen de las Encuestas de Hogares de 11 países en torno a 2012: Bolivia (2011), Brasil, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Honduras (2010), México, Panamá (2010), Perú y República Dominicana. Juntos representan el 76,2% de la población total estimada para 2015 de los 20 países que conforman América Latina. Para llegar a las cifras para los 20 países, se aplicó una simple “regla de tres”.

³ Sector que, en las Cuentas Nacionales y en la mayoría de las estadísticas referidas al empleo, incluye a: la agricultura, la ganadería, la caza, la pesca y las actividades forestales.

Por otra parte, en varias zonas periurbanas (o rururbanas⁴), muchas personas tienen de “rural” sólo su área de residencia, mientras sus referentes socio-culturales y de empleo son esencialmente urbanos.

Como los deslindes entre lo rural y urbano no están del todo bien definidos ni definibles, y también cada vez menos definidos, se abordará también a aquella población ocupada en el sector agrícola pero con residencia urbana (según la definición censal de “urbano” de cada país).

LAS “JUVENTUDES” RURALES EN AMÉRICA LATINA CON ÉNFASIS EN EL EMPLEO

Al igual que “rural”, los términos “juventud” y “joven” se definen de distintas maneras según el propósito de la mirada (legal, médica, educacional, política, socio-cultural). En este documento se usará el término “juventud” o “joven” para designar a aquellas personas de entre 15 y 29 años de edad, en sintonía con varios estudios de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) y de la Organización Iberoamericana de Juventud OIJ, mientras los países de la región consideran rangos que varían entre sí.⁵ En cambio, por lo general, los organismos de las Naciones Unidas⁶ consideran el

⁴ Concepto desarrollado por el Proyecto Rururbano del Instituto de Economía de la Universidad Estatal de Campinas, Unicamp, Brasil, dirigido en su momento por José Graziano da Silva.

⁵ Para dar sólo unos ejemplos: la Ley General de la Persona Joven de Costa Rica del año 2002 considera el rango entre 12 y 35 años de edad, la Ley de Promoción del Desarrollo Integral de la Juventud de Nicaragua de 2002 considera el rango entre 18 y 30 años de edad y la Ley de la Juventud de Bolivia del año 2013 considera el rango entre 16 y 28 años de edad. México usa el rango entre 12 y 29 años. El rango entre 15 y 29 años se usa entre otros en Brasil, El Salvador, Perú y Chile. Sin embargo, para las políticas hacia los jóvenes “Jefes de explotación agrícola”, el Instituto de Desarrollo Agropecuario (Indap), el brazo del Ministerio de Agricultura que se ocupa de los pequeños agricultores campesinos, decidió alargar el tramo hasta los 35 años. Una de sus razones es que en Chile casi no hay “Jefes de explotación” más jóvenes.

⁶ Con la ya mencionada excepción de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) que, en base a las condiciones de la región, generalmente usa el rango de 15 a 29 años.

rango entre 15 y 24 años de edad y hacen la distinción entre jóvenes adolescentes (de 15 a 19 años) y jóvenes adultos (de 20 a 24 años). Para el análisis del trabajo infantil, la OIT distingue los niños y jóvenes de 5 a 11 años, de 12 a 14 años y de 15 a 17 años, en sintonía con las Resoluciones sobre el trabajo infantil (OIT, 2008, p. 26). A su vez, la Declaración sobre los Derechos del Niño considera “niños” a todos los menores de 18 años de edad, excepto en aquellos países donde son considerados “adultos” a una edad más temprana.

También las auto percepciones sobre “ser joven” varían fuertemente de un país o estrato socio-económico a otro y, además, están fuertemente vinculadas con la condición de vivir en pareja, vivir independientemente o tener hijos. Así, por ejemplo, para los países del Mercosur, Chile y Bolivia, en el grupo de 25 a 29 años, la auto percepción de “ser joven” varía entre los extremos de 39% en Brasil y 67% en Chile, mientras la auto percepción de “ser adulto” varía entre 31% en Chile y 53% en Brasil (Ibase y otros, 2009).

Tomando entonces la definición censal de “rural” de cada país, se estima que unos 30,9 millones de jóvenes de entre 15 y 29 años viven actualmente en las zonas rurales de América Latina, representando el 25,3% de la población rural total y un 19,6% del total de jóvenes. Más que una “juventud rural” hay un mosaico complejo de jóvenes con diferencias de: características geográficas de la localidad dónde viven, ocupación, pertenencia étnica, cultural y socioeconómica, edad, género, etc. La yuxtaposición de estas diferencias configura diversas identidades, aspiraciones y oportunidades en un contexto de conformidad o de tensiones con su entorno.

ÓRDENES DE MAGNITUD⁷: POBLACIÓN Y EMPLEO

En cada una de las últimas dos o tres décadas, casi 20 millones de habitantes rurales de América Latina han migrado hacia zonas urbanas u otros países, o sea cada vez aproximadamente un sexto de la población rural, con alta preponderancia de jóvenes (Cepal/Celade, 2010). Estas personas ya no aparecen en las estadísticas rurales⁸.

⁷ Debido al método de cálculo seguido, explicado en una nota anterior, todas las cifras que siguen son aproximadas.

⁸ Hay otro grupo que tampoco ya “aparece en las estadísticas rurales”. El tema surge con frecuencia en las conversaciones con jóvenes rurales y no se puede silenciar: el

De los 30,9 millones de jóvenes de entre 15 y 29 años que actualmente residen en zonas “rurales” en los 20 países que conforman América Latina, cerca de 9,6 millones trabajan en el sector agrícola y 8,2 millones en actividades no agrícolas. Además, cerca de 2,8 millones de jóvenes “urbanos” también trabajan en el sector agrícola. Adicionalmente, hay unos 11,9 millones de jóvenes rurales que no trabajan, la mayoría mujeres.

La inserción laboral de la juventud rural tiene lugar dentro del contexto de un declino en el número de jóvenes rurales⁹ y un aumento de la población de mediana y avanzada edad (gráfico 1), por un lado, y por el otro, de un aumento sustancial de su educación formal en comparación con las cohortes anteriores, así como un creciente contacto con las tecnologías de información y, con ellas, a identificaciones culturales—incluyendo anhelos de consumo—cada vez más globalizados.

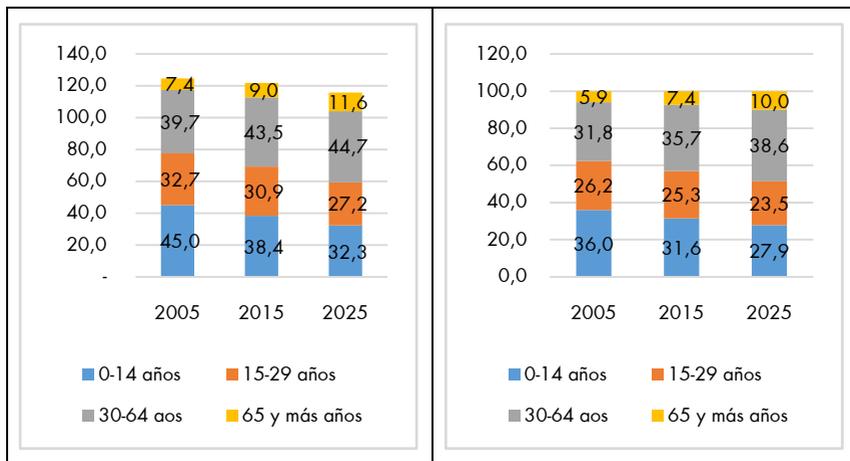
número -importante en algunos países- de jóvenes rurales que tienen familiares, amigos o conocidos que han perdido la vida luchando por sus ideales o por los de otros, como parte de milicias varias, fuerzas del orden, pandillas, o en riñas y accidentes debido a su propia imprudencia o a condiciones laborales peligrosas. Y, fuertemente relacionado con lo anterior, hay aquellos que viven encarcelados y/o con lesiones físicas o síquicas que les dificultan o impiden llevar una vida normal y trabajar, momentáneamente o para siempre.

⁹Entre 2015 y 2025 se proyecta una disminución de 3,7 millones de jóvenes rurales (http://www.cepal.org/celade/proyecciones/basedatos_BD.htm; revisión 2013).

Gráfico 1. América Latina (20 países-2005 y proyecciones para 2015 y 2025) Población rural según tramos de edad

a) En millones de personas

b) En % del total



Fuente: Cepal/Celade (2013): América Latina: Estimaciones y proyecciones de población urbana y rural 1950 2100

(http://www.Cepal.org/Celade/proyecciones/basedatos_BD.htm; revisión 2013)

En base a la información de ocho países, entre 2003 y 2012, el empleo rural agrícola habría aumentado a una tasa anual cercana a cero, fuertemente influenciada por Brasil, mientras el empleo rural no agrícola (ERNA) habría aumentado en casi 4% (tabla 1). Para los jóvenes de entre 15 y 29 años estas tasas fueron de respectivamente -2,3% y 3,3%. A estas tasas, en 2016, debería haber más jóvenes rurales trabajando en ERNA que en el sector agrícola.

Tabla 1. América Latina (8 países-en torno a 2003-2012). Tasa de crecimiento anual de la ocupación (mayores de 15 años), por área de residencia y empleo agrícola o no agrícola

	Rural Agrícola	Rural no Agrícola	Urbano Agrícola	Urbano no Agrícola
América Latina (8) (2003-2012)	0,1	3,8	0,1	3,0
Bolivia (2004-2011)	1,8	0,2	3,4	5,1
Brasil (2003-2012)	1,3	4,2	2,7	2,7
Costa Rica (2004-2012)	1,4	2,3	1,3	3,2
Ecuador (2004-2012)	0,9	1,5	1,4	2,2
El Salvador (2001-2012)	0,3	0,1	5,7	1,0
Honduras (2002-2010)	3,8	6,6	2,9	3,6
México (2000-2012)	1,1	3,5	3,8	2,7
Panamá (2001-2010)	1,4	4,6	1,0	4,3

Fuente: Dirven (2016) en base a los datos de las Encuestas de Hogares respectivas.

Varios de los indicadores del “Empleo decente”¹⁰ están “insatisfechos” para 80%, 90% o más de la población rural, especialmente los ocupados en el sector agrícola. Esto es “impresentable” para una región considerada de ingresos medios ya bien avanzado en el Siglo XXI. Si bien hay una alta

¹⁰ Concepto lanzado por la OIT en 1999. De las muchas facetas del empleo decente, en Dirven (2016) se abordan las siguientes: ingresos, horas de trabajo, empleo formal (con contrato), afiliación a la seguridad social, diálogo social (sindicalización) y, además, el empleo infantil. Como el concepto fue pensado esencialmente para el empleo asalariado, hubo que usar cierta creatividad para adaptarlo a las condiciones de las áreas Rurales con su fuerte preponderancia de empleo en microempresas, familiares en gran parte.

proporción de jóvenes rurales que trabajan en condiciones malas y aún peores que sus mayores, los cambios en la inserción laboral de los jóvenes rurales son rápidos y relativamente positivos para el “empleo decente”, aunque partiendo de niveles muy bajos. Esta tendencia positiva se explica por una importante caída en el empleo infantil, una drástica caída (de 20% en la última década) de los jóvenes rurales ocupados en el sector agrícola, compensado por un aumento casi igual de los ocupados en ERNA, gran parte de los cuales asalariados. La disminución en el empleo agrícola se explica a su vez por la fuerte caída (de un tercio) de los “familiares no remunerados” y también por una disminución importante en el número de asalariados agrícolas (de 20%).

Aunque el trabajo infantil está disminuyendo, se estima que en América Latina, del total de niños menores de 15 años que trabaja en alguna actividad económica, cerca del 60% es rural. Se trata de por lo menos¹¹ 2,1 millones niños y el 80% de ellos trabaja en el sector agrícola. La gran mayoría además trabaja en actividades relativamente peligrosas o con riesgos para su salud. Hay un movimiento importante a nivel de organismos internacionales y nacionales para abolirlo. No obstante, el tema del trabajo infantil no es unívoco. Así, muchos realizan un trabajo, remunerado o no, que es apropiado para sus edades y grados de madurez. De esta manera, ellos aprenden a asumir responsabilidades, adquieren habilidades –incluyendo habilidades sociales– y contribuyen al bienestar e ingresos de sus familias, incluyendo el propio¹². Los

¹¹ Una parte importante del trabajo infantil es invisible, porque las estadísticas sobre empleos recogen la información a partir de cierta edad y porque la mayoría de los niños son o trabajadores domésticos, sobre todo las niñas, o trabajadores familiares no remunerados en pequeños emprendimientos rurales (agrícolas o de otros sectores económicos) y geográficamente dispersos. En la mayoría de estos casos, no es considerado “trabajo” sino “ayuda”. Además, mucho empleo infantil rural es ocultado voluntariamente por los empleadores, lo que se ve facilitado por el alcance limitado de los inspectores laborales. Por otra parte, se utilizan niños en diversas formas de contrabando porque no son sancionados legalmente o lo son de otro modo que los adultos. Por todos estos motivos, en cualquier tipo de encuesta o entrevista se reportarán menos casos que los reales. Por esto, se utiliza la expresión “por lo menos”.

¹² En Chile, por ejemplo, los padres agricultores de hijos adolescentes ven el trabajo estacional agrícola en la etapa juvenil como solución a muchas fallas en las cotidianidades rurales: financia la inclusión social, actúa como instancia socializadora en momentos en que padres y profesores no están, es un modo de obtener un aporte adicional a la economía familiar, si ya no pobre, igualmente

propios padres consideran que cierta participación laboral temprana es positiva, sobre todo en el contexto de actividades –como la agricultura familiar– dónde el saber tácito es importante. Por ende, sobre bases teóricas, experiencias prácticas con familias y comunidades, y mesas de trabajo interculturales, varias entidades han elaborado recomendaciones para encauzar el trabajo infantil (FAO/FIDA/OIT, 2010, Marcha global, 2012, OIT/IPEC, 2007, <http://semilla.org.pe>).

Por otro lado, varias iniciativas en el mundo –esencialmente orientados a niños urbanos– pretenden acercar a los niños a la naturaleza¹³, entre otros a través de su colaboración en faenas agrícolas o pesqueras. En la búsqueda de soluciones para el insuficiente relevo generacional en la agricultura familiar se ha llegado a la conclusión que una iniciación temprana en algunas faenas agrícolas ayuda a encariñar a los niños y jóvenes con el “oficio” de agricultor.

LA INSERCIÓN LABORAL DE LOS JÓVENES RURALES Y OCUPADOS EN EL SECTOR AGRÍCOLA

Tipos de inserción laboral de los jóvenes rurales y ocupados en el sector agrícola

Una parte importante de los inactivos jóvenes, en particular de los hombres, dan el estudio como razón de su inactividad. Sin embargo, como hay bastante más mujeres que hombres inactivos, en números absolutos, hay más mujeres jóvenes que hombres jóvenes que estudian. Un factor a tomar en cuenta en la interpretación de los inactivos por estudio y las diferencias en la propensión para estudiar entre los jóvenes rurales y los urbanos es que, más allá de los incentivos, razones económicas y otras para que residentes rurales sigan

exigida y, además, como medio pedagógico del valor de las cosas.”.Pero este juicio favorable al trabajo juvenil en la agricultura –entendido como opción y etapa–, no es considerado como una inserción laboral positiva para el resto de la vida (Odepa, 2010).

¹³ Richard Louv, por ejemplo, habla sobre el trastorno de “déficit de naturaleza” que causaría déficit atencional, hiperactividad, obesidad, falta de curiosidad y creatividad, violencia, etc. (Louv, 2005: *Last child in the Woods*). A su vez, en la búsqueda de soluciones para el insuficiente relevo generacional en la agricultura familiar se ha llegado a la conclusión que una iniciación temprana en algunas faenas agrícolas ayuda a encariñar a los niños y jóvenes con el “oficio” de agricultor.

estudiando, está también el hecho de que para seguir estudiando en el ciclo secundario o terciario es a menudo necesario trasladarse a una zona urbana, con lo cual hay una alta probabilidad de que “estos migrantes por razones de estudio” estén incluidos en las estadísticas urbanas.

En las áreas rurales más que en las urbanas hay una proporción significativa de jóvenes que no estudian ni “trabajan”. Según las cifras de nueve países, los “Ni-Ni” rurales representan el 58,1% de los jóvenes inactivos rurales, lo que equivale a unos 6,7 millones de jóvenes para los 20 países de la región. Esta alta proporción de “Ni-Ni” es preocupante entre otros porque merma sus posibilidades de desarrollar una trayectoria laboral positiva, con una inserción laboral nula, más corta o intermitente a lo largo de la vida. Paralelamente, también se ven mermadas sus posibilidades de tener ingresos propios, acceder a la seguridad social y acumular capital (desde el financiero al humano y social –más allá del círculo del hogar, familiares y vecinos).

Según las convenciones actuales sobre el empleo, los que trabajan en quehaceres del hogar son catalogados como “inactivos”. Son esencialmente las mujeres que entran en esta categoría. Según las Encuestas de Uso del Tiempo, las mujeres a nivel nacional suelen trabajar en promedio unas 30 a 35 horas semanales en quehaceres domésticos y las rurales algunas horas más. Incluso, las niñas de entre 12 y 14 años en Perú y México, por ejemplo, trabajan unas 20 horas semanales en quehaceres del hogar¹⁴. Los que trabajan en “quehaceres del hogar” comparten muchas características con los ocupados como “familiares no remunerados”, entre otros, la falta total o casi de ingresos propios y, por ende, una fuerte dependencia económica del “jefe de hogar”. Generalmente se les reconoce poco su aporte al hogar, tienen bajísima cobertura social, no tienen muchas perspectivas de crecimiento personal, ni de participar en organizaciones sociales o en pasatiempos lúdicos.

Las tasas de inactividad por discapacidad o enfermedad son notoriamente más altas entre los habitantes rurales que entre los urbanos. Se explica, entre otros, por las condiciones precarias de las viviendas y de la infraestructura sanitaria, de los servicios de salud, y porque el trabajo en el sector agrícola tiene una alta incidencia de accidentes y varios efectos nocivos sobre la salud debido a las condiciones de trabajo (físico, a la intemperie, con uso de productos tóxicos, uso de herramientas y maquinaria cortantes y pesadas, malas condiciones sanitarias, etc.).

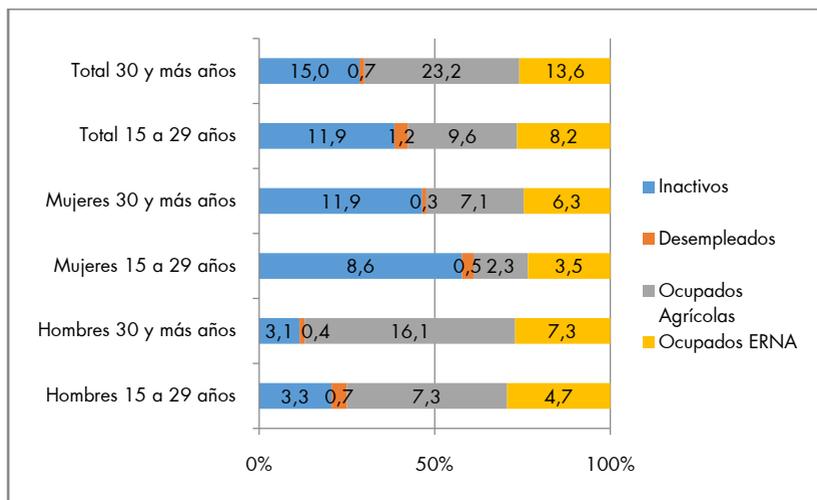
¹⁴ Ver www.cepal.org. Estadísticas de Género.

Por todo lo anterior, habría que incluir una nueva categoría: “los verdaderos Ni-Ni”, es decir, aquellos que no estudian, no trabajan en actividades económicas o en quehaceres del hogar, no están discapacitados o enfermos y no buscan empleo activamente (o ya no buscan porque se desanimaron por la falta de empleos *tout court* o de empleos acordes con sus expectativas). En la región representarían actualmente unos 0,6 millones de jóvenes rurales. Estos efectivamente podrían conformar un “núcleo duro” de excluidos o de potenciales excluidos, muchos de los cuales ya sumidos —o con alto peligro de involucrarse en un futuro cercano— en actividades ilícitas de toda índole (consumo de drogas, tráficos varios, robos, mafias y maras, milicias, etc.) (ver, entre otros, OIT, 2013: 42).

Las tasas de desempleo entre los jóvenes rurales (respectivamente 5,3% para los hombres y 8,1% para las mujeres) son relativamente bajas aunque casi duplican la de los mayores de 30 años. Por la menor cobertura de la seguridad social entre los habitantes rurales, estos jóvenes están aún más desprotegidos que sus homólogos urbanos.

En cuanto a los ocupados, el gráfico 2 arroja que, en torno a 2012, hubo un total de aproximadamente 17,8 millones de jóvenes rurales ocupados, 9,6 millones en el sector agrícola (7,3 millones de hombres y 2,3 millones de mujeres) y 8,2 millones en empleos no agrícolas (4,7 millones de hombres y 3,5 millones de mujeres). A los 9,6 millones de jóvenes rurales ocupados en el sector agrícola se añaden 2,8 millones de jóvenes urbanos (2,3 millones de hombres y 0,5 millones de mujeres). En el sector agrícola en total entonces trabajaron 12,4 millones de jóvenes (9,6 millones de hombres y 2,8 millones de mujeres).

Gráfico 2. América Latina (20 países - 2012). Inserción laboral de la población rural, por tramos de edad y sexo (órdenes magnitud, en millones de personas)



Fuente: Dirven (2016) en base a las Encuestas de Hogares de Bolivia (2011), Brasil, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Honduras (2010), México, Panamá (2010), Perú y República Dominicana y CEPAL/CELADE (2013).

En promedio, los que trabajan en ERNA tienen varios años más de escolaridad formal cursada que los que trabajan en la agricultura con diferencias notables según el tipo de ERNA. Dentro de la agricultura hay una fuerte correlación entre niveles de educación y tipo de unidad agropecuaria.

Elevar la pertinencia y la calidad de la educación son temas recurrentes tanto en los discursos políticos como en las demandas de los jóvenes y de sus padres. El hecho es que no se han logrado consensos respecto a la pertinencia (desde qué óptica y para qué), aunque las cifras muestran con elocuencia el tipo de inserción laboral que tienen hoy en día los jóvenes rurales, hombres y mujeres, y las tendencias de su evolución, por un lado, y las altas tasas de migración –y por ende de inserción en empleo “urbanos” para la mayoría–, por el otro.

En algunos países, los Programas de Transferencias Condicionadas (PTC) llegan a un porcentaje alto de niños y jóvenes rurales.¹⁵ Ha sido ampliamente documentado que han tenido el efecto (buscado) de aumentar en varios años la educación formal de los beneficiarios con respecto a los grupos de control. Falta sin embargo medir su impacto sobre el mercado de trabajo local, la productividad, los salarios, el ERNA, la agricultura, la migración y/o el aumento de la desazón¹⁶ (y sus correlatos de alcoholismo, drogadicción, violencia). En vista de los problemas de inserción laboral que han enfrentado los “egresados” de los PTC, varios gobiernos proveen actualmente incentivos a su inserción laboral, en gran parte a través de microcréditos y capital semilla.

Las categorías ocupacionales

Aunque la productividad del trabajo agrícola ha aumentado fuertemente en la región en las últimas décadas, el sector agrícola sigue siendo uno de los sectores de menor productividad laboral promedia de la economía y, también, de más bajos ingresos y salarios. Es una de las razones por la cual en América Latina –y en gran parte del resto del mundo– la pobreza se concentra entre los agricultores por cuenta propia y los asalariados agrícolas. Trabajar como asalariado agrícola suele ser visto como una opción de última instancia, por las condiciones de trabajo físico, bajos ingresos, maltrato y falta o malas condiciones de baños, lugar para almorzar o descansar, transporte, etc.

En gran parte en consecuencia de lo anterior, los jóvenes hijos de agricultores –gracias a una mayor educación, y el acceso a mayor información y otras opciones– están entrando de modo masivo en empleos no agrícolas, sea como

¹⁵ Ver, entre otros, a Cepal/OIT (2014), p. 14.

¹⁶ Las respuestas por parte de los encargados de recursos humanos de empresas medianas a grandes y cooperativas ligadas al agro en Chile son unánimes: los jóvenes en general -sin grandes diferencias entre urbanos y rurales- tienen problemas graves con las “habilidades blandas” requeridas para el trabajo (compromiso, atención al detalle, respeto de los horarios y de la jerarquía, trabajo en grupo, etc.), parte de lo cual lo adscriben a la desazón entre las expectativas creadas -entre otros por el nivel, en años, de educación alcanzado-, los puestos de trabajo disponibles a nivel local, y sus conocimientos técnicos y generales no necesariamente acordes con el número de años de escolaridad cursados. (Resultados preliminares de las entrevistas hechas por Sergio Faiguenbaum y la autora para el proyecto Indap/FAO/Rimisp/Fundación Ford)

residentes rurales (ERNA), sea como residentes urbanos, por lo general con el beneplácito de sus padres o como resultado de una estrategia familiar. En las entrevistas, *focus group*, etc., los agricultores por cuenta propia que añoran que sus hijos no hayan seguido sus huellas suelen ser los menos numerosos. A lo sumo, les gustaría que uno sólo de sus hijos siga con las actividades del predio (pensando en uno de los hijos varones casi siempre). Entre los jóvenes más encariñados con las labores y la vida agrícola, se plantea todo el tema del acceso a tierras. Para lograr que (parte de) los jóvenes continúen en (o vuelvan a) el campo, es imprescindible que los Estados y otras instituciones (educativas, gremios, cooperativas y –también– las propias familias¹⁷) formulen estrategias integrales para mejorar las condiciones de vidas y de trabajo.

Los jóvenes “cuenta propia” en la agricultura representan 14,7% del total de jóvenes rurales ocupados, pero sólo un poco menos de la mitad serían “jefe de explotación”¹⁸. Dentro de la poca preocupación por la juventud rural, este grupo recibe una atención sobredimensionada (con respecto a su peso), tanto en las demandas de los actores rurales como en las respuestas políticas.

En general, los jóvenes tienen poca posibilidad de acceder a tierras, y la herencia –cada vez más tardía– es la vía principal. La poca renovación generacional en la agricultura preocupa a países desarrollados y en desarrollo en todo el mundo, aunque en América Latina es un tema que recién surge, con contadas experiencias de acción¹⁹.

En cambio, más de la mitad de los jóvenes rurales ocupados son asalariados. Esto es una realidad insuficientemente asumida, tanto en las políticas públicas como en las reivindicaciones de los propios jóvenes.

El gráfico 3 da la composición etaria y sexo de cada categoría ocupacional y también el número absoluto estimado (en millones de personas) de cada

¹⁷ Ver el Recuadro 1 sobre algunos de los hallazgos de un estudio en Chile.

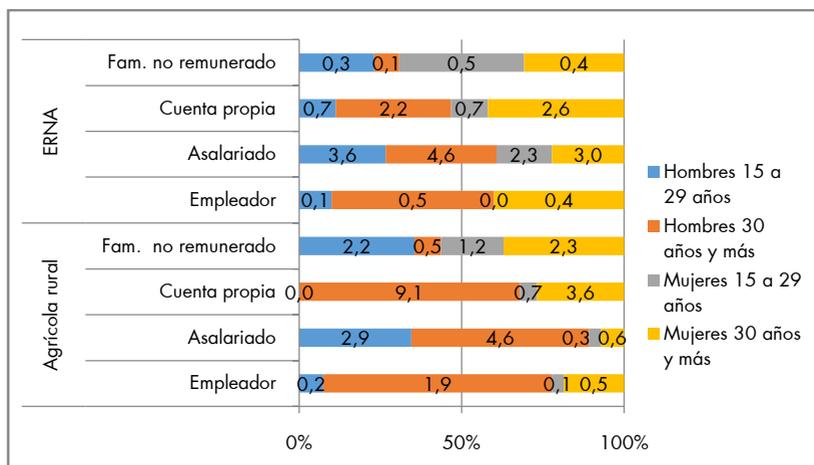
¹⁸ Es decir, a cargo de (las decisiones en) un predio agrícola, cualquiera sea el régimen de tenencia (dueño, arrendatario, ocupante, en mediería, etc.). Las probables razones por esta diferencia se abordan en Dirven (2016). En resumen: los agricultores por cuenta propia son probablemente en su mayoría “jefes de hogar” que se autocalifican como “cuenta propia” en las Encuestas de Hogares pero que trabajan de alguna manera como “subordinados” al que contesta como “Jefe de explotación” en el censo agrícola.

¹⁹ Esencialmente Uruguay, México y Colombia y, muy recientemente, Chile.

grupo. Se puede apreciar que, proporcionalmente, los jóvenes están más presentes entre los asalariados. Entre los que trabajan en empleos no agrícolas respectivamente $\frac{3}{4}$ de los hombres y $\frac{2}{3}$ de las mujeres jóvenes son asalariados. En el sector agrícola, más de $\frac{1}{3}$ de los hombres jóvenes son asalariados, doce puntos porcentuales más que los mayores de 30 años. Entre las mujeres que trabajan en el sector agrícola, la proporción de jóvenes asalariadas también supera a la proporción de asalariadas entre las mayores de 30 años (15,4% versus 8,8%).

Un número mucho mayor de hombres rurales jóvenes que de hombres mayores de 30 años trabaja como “familiar no remunerado” (2,5 millones versus 0,6 millones), mientras que son las mujeres mayores de 30 años las más numerosas en esta categoría laboral (2,7 millones de mujeres mayores de 30 años versus 1,7 millones de mujeres jóvenes), todos, por la mayor parte, en el sector agrícola.

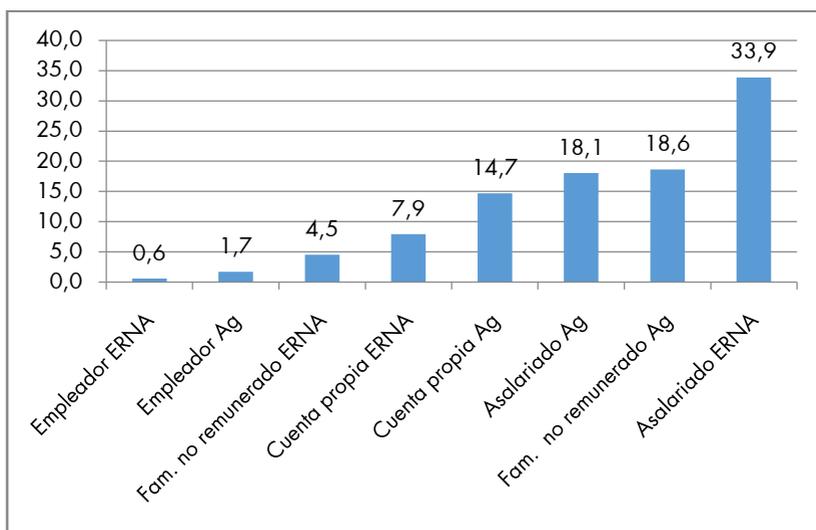
Gráfico 3. América Latina (20 países - 2012). Categorías ocupacionales de la población rural, por tramos de edad y sexo (órdenes de magnitud, en millones de personas)



Fuente: Dirven(2016) en base a las Encuestas de Hogares de Bolivia (2011), Brasil, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Honduras (2010), México, Panamá (2010), Perú y República Dominicana y CEPAL/CELADE (2013).

El gráfico 4 resume la información sobre la categoría ocupacional y el tipo de empleo (agrícola o no agrícola) de los jóvenes rurales de modo elocuente. Es necesario hacer hincapié acá que muchos jóvenes –especialmente aquellos más pobres y con familias poco integradas– deben tomar decisiones respecto a sus estudios, trabajo y migración –entre otros– sin los medios ni activos necesarios para tener un amplio abanico de opciones y sin la debida información ni orientación, por los referentes ausentes o espacios de socialización que no contribuyen a definir trayectorias exitosas para el trabajo (OIT, 2010).

Gráfico 4. América Latina (11 países - 2012). Población rural joven (de 15 a 29 años) por categoría ocupacional (en % del total de jóvenes rurales ocupados)



Fuente: Dirven(2016) en base a un gráfico similar de Sergio Faiguenbaum (FAO/RLC) y las Encuestas de Hogares de Bolivia (2011), Brasil, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Honduras (2010), México, Panamá (2010), Perú y República Dominicana.

Otro hecho insuficientemente tomado en cuenta en las políticas y por los actores sociales, es la importante proporción de residentes urbanos que se ocupan en el sector agrícola (más del 20% a nivel de la región). Entre ellos predominan los asalariados (casi 70% de los jóvenes hombres urbanos que trabajan en la agricultura son asalariados y casi 50% de las mujeres).

Muchos trabajadores temporales –y muchos jóvenes entre ellos–son mano de obra migrante, no solo a nivel nacional sino también van a (o vienen de) países limítrofes u otros. A menudo se trata de situaciones laborales precarias o, incluso, inaceptables por su nivel de precariedad y, a veces también, franco engaño.

Parecen existir barreras no fáciles de franquear para pasar de un tipo de inserción laboral a otro. Sin embargo, parte de los asalariados temporeros (generalmente los más productivos y responsables –y menos “conflictivos”–) terminan siendo contratados como mano de obra permanente. Aquellos que logran acumular algún capital, finalmente se independizan como agricultor por cuenta propia o como empleador, en ERNA o en la ciudad.

Recuadro 1. Chile (2015): Percepciones sobre algunos “Jefes de explotación” agrícola jóvenes²⁰

Chile tiene algunos indicadores que se acercan al promedio regional y otros que destacan, entre los cuales: el alto porcentaje de jóvenes rurales que terminaron la secundaria, que trabajan en ERNA (61,9%) o que viven en zonas consideradas urbanas y trabajan en el sector agrícola (45,5% del total de jóvenes que trabajan en el sector agrícola); niveles relativamente bajos de pobreza rural; la alta edad promedio de los “Jefes de explotación” agrícola (58 años según el Censo Agropecuario de 2007).

En 2007, los “jefes de explotación” menores de 30 años representaban sólo el 2,4% del total con una participación menor aún en términos de hectáreas o de animales, los de 35 años y menos sumaban 6,3% del total, mientras que

²⁰ En este recuadro se usa el tramo etario de 15 a 34 años, lo que –como ya se explicó– responde a una petición específica del INDAP.

los de 65 años y más sumaban 27,2% del total.

La mayoría de los jóvenes rurales hicieron sus estudios secundarios en zonas urbanas y un alto porcentaje se queda después en ellas. Sin embargo, un número pequeño regresa a sus localidades de origen. De ellos, algunos optan por la agricultura familiar. Muchos lo hacen después de haber “probado la ciudad” y otras ocupaciones, dándose cuenta de que no era lo que buscaban. Por lo tanto, vuelven por vocación, con convicción, con determinación y, muchos, con pasión! Uno de ellos lo expresó así: “Me siento libre, en paz, feliz, pleno”.

Valoran fuertemente el hecho de ser independientes. Sus sueños para el futuro son hacer más o menos lo mismo, en su propia localidad, pero con mayores activos (y menores riesgos y trabajo sacrificado). Todos dicen tener el apoyo de sus padres. Sus mayores demandas están centradas en el financiamiento y apoyo (frecuente y personalizado) en temas técnicos (producción esencialmente, comercialización y también, en menor grado, gestión). Varios tienen estudios universitarios finalizados o a medio finalizar (en carreras ligadas al sector agrícola o en otras carreras como, por ejemplo, filosofía, historia, enfermería, música). Muchos están fuertemente motivados y orientados hacia el cuidado del medioambiente (en lo ideológico-filosófico y en la producción, incluyendo la mayoría de los “neorurales²¹”). Algunos esperan poder contribuir al resguardo de los valores culturales locales, comunitarios o familiares. Varios trabajan con sus padres (más a menudo madres) o parcialmente con ellos (apoyo en el trabajo físico, el cuidado, préstamo de maquinaria, en la venta). Cuando trabajan en conjunto con sus padres, algunos reciben un salario por su trabajo, o hay cierta independencia y reciben los frutos de su propio trabajo.

No obstante lo anterior, muchos expresan frustración por la poca receptividad que tienen sus padres (o abuelos, o tíos) por sus sugerencias de mejora (en rubros o modos de: producir, comercializar, organizarse, comunicarse). Varios han hablado del tema de la sucesión de las tierras con sus padres (más a menudo con sus madres) u otros familiares propietarios). Algunos provienen de familias sin tierras y las alquilan, otros son empleadores, de los cuales algunos

²¹Jóvenes urbanos que optaron por la vida de campo.

emplean a familiares (padres, abuelos, tíos, hermanos). En algunos casos, los que se quedan a trabajar en el predio familiar son los hijos o hijas menores²², porque los mayores tomaron otros rumbos, y los padres ya de edad más avanzada les entregan parte de las tierras y/o decisiones bajo distintas formas como estrategia para retenerlos. A su vez, los hijos se han vuelto menos sumisos (incluso que la generación de sus hermanos mayores) y exigen sus espacios propios²³.

Por lo general, su entusiasmo no es como “productor agropecuario” en un sentido amplio, sino por el o los rubros específicos en los cuales ya están involucrados, porque esto ha sido la tradición familiar y a ellos les gusta, o porque ya han hecho el cambio hacia un rubro que les ha llamado la atención.

Quieren un “mejor vivir” que las generaciones anteriores. Quieren que sus emprendimientos les permitan esto y que las instancias de Gobierno los apoyen en esto. Esto no es lo mismo que maximizar productividad y ganancias, o crecer más allá de lo necesario para conseguir este “buen vivir”. Uno de los jóvenes lo expresó así: “Más que ser un empresario, se trata del encanto de vivir en el campo”.

Fuente: Elaboración propia en base a algunos de los resultados preliminares del Proyecto INDAP/FAO/RIMISP/Fundación Ford “Inserción Laboral de los Jóvenes Rurales en Chile”, aún en curso

A MODO DE CONCLUSIÓN

El mercado laboral agrícola y rural de América Latina está cambiando rápidamente y es necesario basar las políticas sobre la última información disponible y las tendencias que se vislumbran. Las cifras en el párrafo que sigue son de alrededor de 2012. Si las tendencias de los diez años anteriores,

²² Un mismo fenómeno –cambio de mayorazgo a minorazgo– fue descrito, entre otros, para España

²³ Tienen varios rasgos de la “Generación de los Millennials” (aquellos nacidos entre 1980 y 2000), aunque de modo atenuado quizás, con respecto al conjunto de jóvenes chilenos.

en ocho países, son representativas para los jóvenes rurales del resto de América Latina y se mantuvieron (con una disminución del empleo agrícola con 2,3% al año y un aumento del ERNA con 3,3%), hoy, en 2016, debería haber más jóvenes rurales trabajando en ERNA que en el sector agrícola. A pesar de la contundencia de éstos y otros hechos y cambios, no son suficientemente asumidos, ni por las políticas, ni por los movimientos sociales.

De modo resumido, sobre la base de cifras de 11 de los 20 países de América Latina (que, en conjunto, representan el 76% de la población total de la región), los jóvenes inactivos son los más numerosos; son sobre todo mujeres. En segundo lugar están los que trabajan en la agricultura, la mayoría hombres y asalariados. Solo unos pocos puntos porcentuales por debajo están los que trabajan en una amplia gama de subsectores no agrícolas (ERNA), una elevada proporción de los cuales como asalariados. De hecho, del conjunto de ocupados rurales jóvenes, los asalariados en ERNA son los más numerosos, representando el 44% del total (ver nuevamente el gráfico 4). No obstante, cuando se revisan los (pocos) programas hacia la juventud rural y las demandas de los (pocos) grupos de jóvenes rurales, el acento está en el trabajo por cuenta propia, esencialmente en la agricultura (ligado a una demanda por tierras) y en los emprendimientos (micro)empresariales no agrícolas, esencialmente ligados a la transformación y comercialización agrícola o al turismo.

Dentro de la poca visibilidad general de los jóvenes rurales, los grupos particularmente invisibles son:

- *Los asalariados agrícolas y no agrícolas.* Son el grueso de los jóvenes rurales ocupados. Especialmente en las zonas rurales, falta un largo trecho para llegar (masivamente) a empleos de características “decentes”. Si bien se requiere adecuar varias normativas, reglas y disposiciones a las condiciones específicas de las áreas rurales y del trabajo agrícola –temporal en particular– falta sobretodo la implementación y fiscalización de las existentes. Entre las muchas cosas por hacer hay cuatro que destacan: equiparar los derechos laborales básicos para trabajadores asalariados rurales, fijar y respetar el salario mínimo, mejorar las condiciones físicas del trabajo, y fortalecer (empezando por autorizar) la sindicalización y los mecanismos de negociación colectiva. Las instituciones locales (incluyendo las escuelas) y el Ministerio del Trabajo deberían hacer campañas reiteradas de comunicación –didácticas, masivas y que lleguen a los confines de las zonas rurales–

con el propósito de informar sobre los derechos y obligaciones de trabajadores y empleadores.

- *Los jóvenes que trabajan como familiares no remunerados.* Si bien este es un ámbito generalmente considerado de índole totalmente privado y privativo de cada familia, se deberían buscar fórmulas que permitan una mayor participación de los jóvenes en las decisiones e ingresos familiares, elementos fundamentales para su bienestar y para retenerlos en el emprendimiento familiar. Las campañas de sensibilización (a través de los gremios, cooperativas, instituciones municipales, programas de radio, eventos especiales, folletos informativos, presentaciones teatrales, canciones, el trabajo de los extensionistas, etc.) deberían jugar un papel importante. Las acciones para reducir y encauzar el trabajo infantil pueden servir de ejemplo y también los talleres (sobre relevo generacional) llevados a cabo en Uruguay²⁴. También es necesario buscar fórmulas para incluirlos en varios ámbitos, desde la capacitación y la seguridad social hasta las organizaciones sociales y recreativas²⁵.
- *Los jóvenes –sobre todo mujeres– “inactivos”.* Muchos de ellos—sobre todo ellas—sí trabajan duro y por larguísimas horas en los quehaceres del hogar. Al igual que para los trabajadores familiares no remunerados, es necesario buscar fórmulas para incluirlos en todo ámbito, desde la capacitación y la seguridad social hasta las organizaciones sociales y recreativas. Un grupo especialmente preocupante entre ellos, sujetos a otro tipo de (re)inserción social, son los que hemos llamado los “verdaderos Ni-Ni” en el texto, es decir aquellos que no estudian, no trabajan en quehaceres del hogar, no están enfermos o discapacitados, y no buscan empleo (en actividades lícitas).
- *Los jóvenes que trabajan en la agricultura y tienen una residencia urbana.* Son cerca de un cuarto de los que trabajan en el sector agrícola. Se sabe poco sobre ellos, excepto que casi un 70% son asalariados y que sus niveles de educación suelen ser parecidos a los de los jóvenes rurales ocupados en la agricultura. Muchas de las acciones hacia los jóvenes rurales debieran contemplarlos y ver si es necesario incorporarlos.

²⁴Ver http://www.planagropecuario.org.uy/publicaciones/revista/R145/R_145_28.pdf

²⁵En las conversaciones con los jóvenes rurales chilenos (en el contexto de los talleres organizados por Indap en 2015) impactó lo aislado que algunos se sienten, con pocos o ningún joven entre los vecinos e, incluso, ningún joven conocido en la localidad.

En el artículo se mencionan algunas disyuntivas, en el sentido de que lo que es considerado bueno por o para algunos, no lo es desde otro punto de vista (el trabajo infantil, por ejemplo). Además, algunas medidas no parecen tener los efectos esperados o parecen tener efectos negativos en otros ámbitos (las transferencias condicionadas, podrían ser un ejemplo). Por ende, el continuo monitoreo y la escucha de la opinión de los interesados es fundamental. Sin embargo, allí surge otra disyuntiva, por la alta probabilidad de que los jóvenes no consideren como prioridad a algunos temas que, para las políticas (y su futuro) son importantes (por ejemplo, varios elementos del trabajo decente).

Elevar la pertinencia y la calidad de la educación son temas recurrentes tanto en los discursos políticos como en las demandas de los jóvenes y de sus padres. El hecho es que no se han logrado consensos respecto a la pertinencia para la educación rural (desde qué óptica y para qué) y, por lo tanto, tampoco se han logrado respuestas adecuadas, o su expansión más allá de experiencias piloto consideradas exitosas. En aras del libre albedrío y del desarrollo de capacidades con el fin de ampliar la gama de opciones personales²⁶ frente a las oportunidades, la oferta de la educación formal (primaria y secundaria) debiera estar en sintonía tanto con las necesidades y posibilidades de ocupaciones y empleo local como con los requerimientos para el empleo en los lugares/sectores dónde los jóvenes suelen migrar/trabajar o migrarían/trabajarían si estuvieran mejor preparados.

Con una juventud rural (y también indígena) cada vez más atraída por los códigos “urbanos y globalizados” y con menor conocimiento y aprecio de la historia, costumbres, códigos y cultura de sus padres, abuelos y localidad, las brechas de acceso a infraestructura y servicios de calidad juegan como freno entre sus sueños y las probabilidades de alcanzarlos. Bajo esta perspectiva, el acceso limitado a la educación —de baja calidad y escasa preparación para el mundo laboral, incluyendo el fortalecimiento de las “capacidades blandas” de los alumnos— son especialmente graves.²⁷

²⁶ Ver los escritos de Amartya Sen, Premio Nobel de Economía (1998).

²⁷ Y así lo perciben, por ejemplo, los jóvenes chilenos; opinan que, para alcanzar la felicidad, lo más importante es “tener un trabajo o profesión que me guste” y para que le vaya bien en la vida, la segunda cosa más importante es “tener una buena educación” (Injuv, 2012).

Por otro lado, hay un conjunto de destrezas y conocimientos ancestrales que son pertinentes para la vida cotidiana del ciudadano en general –y con mayor razón para la vida y el trabajo en las áreas rurales–, pero que encuentran escasa cabida en la educación formal. A medida que los niños y jóvenes rurales pasan más tiempo en la escuela –muchas veces en internados o en ámbitos urbanos–y desde más temprana edad (un elemento importante para el cierre de brechas socio–económicas y geográficas según los parámetros utilizados en las mediciones vigentes), pierden la posibilidad de absorber los conocimientos ancestrales a través de la observación, experimentación y transmisión intrafamiliar²⁸.

La recomendación aquí no es esperar hasta “la gran solución”, sino empezar con acciones que apuntan hacia el mismo fin: jóvenes rurales empoderados, orgullosos de su pasado y presente, confiados en el futuro y con un bagaje sólido de los conocimientos básicos de lenguaje, lecto–escritura, matemática, lógica, etc., adaptados al mundo globalizante de hoy y, al mismo tiempo, con un manejo igualmente sólido de los conocimientos ancestrales de su pueblo y localidad, que permita construir sobre lo propio y tener una visión de futuro desde lo propio. Sólo así, los jóvenes rurales (y urbanos), indígenas y no indígenas, encontrarán las fuentes para crecer sin la aculturación que, finalmente, lleva a vacíos (de valores, de destino, de sí mismo). Existen las técnicas y experiencias para abordar estos requerimientos en conjunto pero, aparentemente, ha faltado visión y voluntad para aplicarlas.

Lamentablemente, gran parte del instrumental de políticas públicas actual percibe a la población rural y, en particular, a los jóvenes rurales e indígenas, como grupos vulnerables en vez de verlos con sus fortalezas y oportunidades. Verlos como pobres y vulnerables produce daños en su auto percepción, subvaloraciones de riquezas y círculos viciosos. Pero cuando hay un entorno favorable y de apoyo, muchos jóvenes encuentran caminos innovadores para

²⁸ Por otro lado, se ha demostrado que las habilidades cognitivas (o sea, aquellas que se ponen en marcha para analizar y comprender la información recibida) están influenciadas por el medio familiar y se desarrollan menos en contextos de privaciones y pobreza, el caso justamente de muchos hogares rurales (ver entre otros a Mayer Foulkes, David, María Fernanda López Olivo, Edson Serván Mori (2008): “Habilidades cognitivas: transmisión intergeneracional por niveles socioeconómicos”, Estudios Económicos, vol. 23, N° 1, El Colegio de México, México).

crear un futuro para sí mismos y para contribuir a las comunidades y sociedades dónde viven.

En el ámbito del relevo generacional en la agricultura familiar, las respuestas de los jóvenes chilenos que optaron por la agricultura llevan a otra conclusión: es probable que las buenas relaciones intrafamiliares sean una razón más —o incluso una razón primordial— en la decisión de quedarse a trabajar en la finca familiar, en la localidad o en el sector agrícola. Dentro de las relaciones intrafamiliares, las relaciones con la madre suelen ser más abiertas y armónicas, y las con el padre de menor diálogo y más confrontacionales. Una de las consecuencias es que, en Chile por lo menos, las madres propietarias de predio están sobrerrepresentadas entre los jóvenes que optan por seguir en la agricultura familiar. Así mismo, la discusión sobre quien heredará las tierras, animales o infraestructura, y bajo qué forma y circunstancias se hace de modo más fluido cuando ella es la propietaria. Si la idea es reforzar a la agricultura familiar y asegurar su relevo intergeneracional, entonces estas son áreas —privadas, por cierto— sobre las cuales hay que tratar de influir. Una serie de posibles acciones están mencionadas en el texto.

Otro tema—no mencionada en el texto—, es la excesiva subdivisión de predios producto, entre otros, de herencias sucesivas y que, sin un vuelco radical en la producción, infraestructura y conexión con los mercados, los hace inviables para la agricultura familiar. Incentivar el acceso a tierras por otros medios (arriendo, compra, colonización, subsidios, traspaso de tierras fiscales, reforma agraria) junto con todas las demás acciones necesarias para que el emprendimiento familiar tenga chances de ser exitoso, es otra vía imprescindible de acción, especialmente en aquellos países en los cuales la minifundización, el desempleo juvenil (urbano y rural) y la pobreza son preponderantes.

Y, en el ámbito del “empleo decente”, es necesario repetir acá que la realidad actual en las áreas rurales (salarios, contratación formal, afiliación a la seguridad social, horas trabajadas, días de descanso, nivel de accidentes, sindicalización, negociación colectiva, diálogo social) es “indecente” para una región de ingresos medios como América Latina. En efecto, varios de los indicadores de “Empleo Decente Insatisfecho” (ver Dirven, 2016) están por encima del 80%, 90% o incluso más, en particular entre los ocupados agrícolas y, aún más, entre aquellos que trabajan como temporeros; la situación está aún peor entre los migrantes, nacionales y extranjeros.

No obstante lo anterior y no obstante el hecho que, para igual tipo de trabajo, los jóvenes están generalmente trabajando en peores condiciones que los de mayor edad (más riesgoso, más precario, menor salario, menor afiliación a la seguridad social, etc.), los jóvenes rurales —en especial las mujeres— por su inserción predominantemente asalariada en ERNA, tienen algunos indicadores (contrato formal, afiliación a la seguridad social, salarios) mejores que el resto de la población rural. Y la tendencia es positiva, aunque partiendo de niveles muy bajos. En este sentido, la lectura para las áreas rurales es distinta a la situación para los jóvenes urbanos, que ha mostrado una tendencia más bien negativa, hacia una mayor precarización del trabajo e indicadores peores que sus pares mayores. Como ya se mencionó para los asalariados, las acciones recomendadas en este plano se sitúan esencialmente en el mejoramiento de las Leyes, normas e institucionalidad²⁹ y, en este último ámbito, esencialmente en la fiscalización *in situ*. También es factible traducir varios de los elementos del “empleo decente” al ámbito del empleo por cuenta propia y de los familiares no remunerados.

Efectivamente, el mejoramiento de las oportunidades y del entorno laboral pasan también —y en una parte no menor—, por cambios a nivel de las propias comunidades y familias. A nivel de las comunidades y familias es necesario mejorar la escucha, el trato, la participación en las decisiones y las retribuciones al trabajo de sus jóvenes, hombres y mujeres. Sólo así, se logrará retener un mayor número de ellos en la empresa familiar —agrícola o no agrícola— y en sus comunidades y localidades de origen. Si bien a primera vista cambiar las actitudes parece situarse en el ámbito privado de acciones, existen varios espacios de concientización e intervención para las instituciones públicas, gremiales, académicas y otras.

Para cerrar, cabe insistir una y otra vez sobre el primer punto de estas conclusiones, a nivel de todos los representantes y tomadores de decisión relacionados con el mundo rural y agrícola: que tomen en cuenta las cifras actuales y sus tendencias y no basen sus discursos y decisiones sobre un imaginario obsoleto. El mayor o menor acento a dar en uno u otro tipo de políticas u acciones dependerá, por supuesto, del peso de las categorías

²⁹ Ver FAO/Cepal/OIT (2010 y 2012) para un análisis más a fondo de estos temas incluyendo la situación país a país en los estudios de caso. Ver Rossel (2012) para un análisis de la cobertura social por países.

ocupacionales en el país, región o localidad específica y demás características nacionales y locales.

BIBLIOGRAFÍA

- Cepal/Celade (2013). América Latina: Estimaciones y proyecciones de población urbana y rural 1950–2100 (http://www.Cepal.org/Celade/proyecciones/basedatos_BD.htm; revisión 2013).
- Cepal/Celade(2010). “Migración Interna”, Boletín Demográfico N° 10, Santiago de Chile.
- Cepal/Oit (2014). “Los programas de transferencias condicionadas y el mercado laboral”, Coyuntura laboral en América Latina y el Caribe N° 10, Mayo.
- Dirven, Martine (2016). *Juventud rural y empleo decente en América Latina*, a ser publicado por Fao/Rlc, Santiago de Chile.
- Fao/Cepal/Oit (2010, tomo I y 2012, tomo II). *Políticas de mercado de trabajo y pobreza rural*, Fao, Santiago de Chile.
- Fao/Fida/Oit (2010). “Romper el ciclo de la pobreza: Llevar a los niños y niñas del trabajo a la escuela”, *Género y empleo rural - Documento de orientación* N° 7 (www.fao.org).
- Ibase, Pólis y Centro de Estudios Sociales Cidpa (2009). *Sociedades sudamericanas: lo que dicen jóvenes y adultos sobre las juventudes*, Chile.
- Injuv (2012). Encuesta Nacional de la Juventud sobre Felicidad, Santiago de Chile.
- Klein, Emilio (1992). “El empleo rural no agrícola en América Latina”, Documento de trabajo N° 364, Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe (PREALC), Santiago de Chile.
- Marcha Global Contra el Trabajo Infantil (2012). “Documento de trabajo sobre el trabajo infantil en la agricultura”, como insumo para la Conferencia Internacional sobre el Trabajo infantil en la agricultura, elaborado con el apoyo de la OIT, New Delhi, India.
- Odepa (2010). “Trabajo infantil y adolescente familiar: Análisis VII Censo agropecuario 2007”, estudio realizado por Manuel Canales C. y Silvia Ordenes O., Ministerio de Agricultura, Chile.
- Oit (2013). *Trabajo decente y juventud en América Latina - Políticas para la acción*, Lima, Perú.

- Oit (2010). *Trabajo Decente y Juventud en América Latina*, OIT/ Proyecto Promoción del Empleo Juvenil en América Latina (Prejal), Lima.
- Oit/Ipec (2007). “Condiciones y medio ambiente del trabajo infantil en la pesca en El Salvador”, Programa Internacional para la Erradicación del Trabajo Infantil, El Salvador.
- Rossel, Cecilia (2012). “Protección social y pobreza rural en América Latina”, documento presentado en el VII Seminario Internacional Seguridad Alimentaria, Pobreza rural y Protección Social en América Latina y el Caribe, 22-23 de noviembre 2012.
- Wiggins, Steve y Sharon Proctor (2001): “How Special Are Rural Areas? The Economic Implications of Location for Rural Development”, *Development Policy Review*, 2001, 19 (4).

Dirven, Martine (2016), La inserción laboral de los jóvenes rurales en América latina, *Revista Latinoamericana de Estudios Rurales*, 1 (1). Recuperado de <http://www.ceil-conicet.gov.ar/ojs/index.php/revistaalasru/article/view/89>